

La Arqueología viaja: la exposición temporal en los Museos arqueológicos

NURIA POMBO GALLEGO¹

La relación entre Museo y Arqueología es bien conocida. Han estado prácticamente siempre unidos, desde su inicio, y mucho antes de que ambos conceptos se institucionalizaran como tales. Las colecciones privadas de objetos históricos y/o exóticos pasaron a integrar los Museos nacionales en la época moderna, un tiempo de construcción de identidades en el que los diferentes pueblos reivindicaban su pasado como prueba de su propia existencia. Hasta tal punto es así que el Museo es, sin duda, el principal canal difusor de la Arqueología, la manera por la que el pasado se hace presente y llega a la sociedad. Eso hace que se preste especial atención a la exposición, como la carta de presentación del Museo que es y su aspecto más visible.

Los Museos arqueológicos son aquellos que recogen, conservan e interpretan los restos arqueológicos y los exponen para su divulgación. Son los más numerosos: raro es el Museo que no guarda en alguna de sus salas testigos de la historia de su localidad o región. No son extremadamente diferentes al resto: participan de las características y funciones principales de los Museos en general, pero tienen también ciertas características que los singularizan; entre ellas, están el material con el que trabajan y la importancia que adquiere su doble carácter divulgativo-investigador. En este breve artículo vamos a indicar cuáles son esas particularidades de los Museos arqueológicos, y cómo afectan a la exposición temporal, centrándonos en tres aspectos:

1. La evolución de los criterios expositivos en el Museo arqueológico.
2. La conjunción de sus funciones de divulgación y de investigación.
3. Los aspectos museográficos y las nuevas tecnologías.

DEL OBJETO ARQUEOLÓGICO AL CONTEXTO MATERIAL

Los criterios expositivos en los Museos arqueológicos han cambiado con el tiempo, y eso afecta tanto a la exposición permanente como a la temporal. Esta evolución de criterios se ha debido fundamentalmente a dos causas:

- *La evolución del concepto de objeto arqueológico como protagonista de la propia exposición.* El nacimiento de la Arqueología como ciencia en el siglo XIX sobre bases positivistas hizo que su preocupación básica girara en torno a cómo clasificar y categorizar convenientemente los objetos arqueológicos que se encontraban, lo que se traducía en un mero interés tipológico: el ánfora, la fibula..., tenían valor por sí mismos, y no eran objeto de ningún tipo de interpretación (salvo la funcional). Se exhibían en los Museos para su mística contemplación, y no se formulaban preguntas sobre el significado que tenían en la sociedad que los había creado ni nos ayudaban a una mejor comprensión de la misma.

Pero a lo largo del siglo XX, el concepto de objeto arqueológico y el valor asignado al mismo fue cambiando: del valor tipológico se pasó al valor documental-histórico, y de éste, al valor comunicativo, en el que lo que prima es su capacidad para recrear el pasado y comunicar conceptos². Se pasa del objeto arqueológico a la cultura material como sujeto de la Arqueología: ahora los testigos del pasado no son sólo las piezas arqueológicas, sino también los restos de polen, las relaciones ecológicas del grupo humano o los lugares de almacenaje de alimentos, todo forma

parte de un conjunto coherente. Son conceptos que pocas veces dejan restos materiales y que resultan difícil de mostrar en una vitrina. Es por eso por lo que las nuevas técnicas informáticas resultan tan útiles en la exposición, pues nos ayudan a juntar todas las piezas del puzzle.

- La utilización de nuevas tecnologías de la comunicación y la imagen. Inciden sobre todo en el aspecto museográfico (es decir, en cómo exponer objetos y conceptos). La sustitución del concepto de objeto arqueológico por el de cultura material hace que el protagonista de la exposición cambie, y nos encontremos con serias dificultades para exponer nuestro mensaje: ¿cómo expondremos un paisaje, o un conjunto cultural?

ENTRE LA DIVULGACIÓN Y LA INVESTIGACIÓN

La exposición temporal en los Museos arqueológicos comparte muchas características con las exposiciones de cualquier otra clase, como las de Ciencia o Arte: su corta duración, el proyecto concreto que lleva a cabo, la función dinamizadora de la actividad museística, etc.³

También responde a dos funciones básicas del Museo en general, como son la divulgación y la investigación, pero en los Museos arqueológicos estas dos actividades adquieren una mayor importancia y son sin duda las que sobresalen en la exposición temporal.

A) *La divulgación.* Uno de los objetivos más importantes de la exposición es la difusión del

conocimiento, y por ello se presta especial atención a los aspectos didácticos y pedagógicos de la misma.

Las exposiciones arqueológicas tienen un gran poder de convocatoria y atraen a un número muy importante de visitantes. La Arqueología siempre está de moda, aunque no sea más que por esa visión romántica que todos poseemos, de culturas misteriosas desaparecidas y tesoros fabulosos. Esto no es perjudicial en sí mismo; contribuye a difundir el patrimonio histórico y arqueológico y la labor que científicos y gestores realizan. Acerca a la sociedad temas de actualidad científica y su repercusión es mayor que, por ejemplo, una revista especializada. Conseguimos así sensibilizar a la comunidad sobre los temas de patrimonio y concienciar ante los peligros que debe afrontar y su necesidad de protección. Programar, por tanto, exposiciones temporales es un medio para estimular el interés de la sociedad hacia estos temas, y educarla en la conservación y respeto hacia el Patrimonio y nuestra historia. Pero esto no es excusa para que se descuide el aspecto científico de la muestra, también muy importante. Una buena exposición arqueológica debe saber conjugar lo didáctico y lo sesudo: puede hacerse una exposición amena sin perder nada de su rigor científico⁴.

Sin embargo, en los últimos años se ha seguido la línea contraria en la programación de exposiciones⁵. Se han convertido en una cuestión de prestigio, cuya única preocupación es atraer al mayor número posible de visitantes, que realizarán un desembolso económico y personal importante. Este es el premio por el cual todos los Museos compiten. El sentido de la exposición temporal se ha desvirtuado completamente: se programan exposiciones fáciles, que sólo

buscan atraer al público, no investigar ni servir de reflexión. Se prima lo lúdico en detrimento de otros aspectos, convirtiendo al Museo en un bien más de la sociedad del ocio sin responsabilidades, en nada diferente a un parque de atracciones.

Sin duda, esto está relacionado con la nueva concepción del Museo-negocio y su gestión liberalizada, tendencia que nos llega de los EE.UU. y nos pone sobre aviso del peligro que supone evaluar la cultura con parámetros de rentabilidad.⁶

B) *La investigación.* La investigación arqueológica derivada de la exposición temporal se desarrolla en tres niveles:

– *investigación interna del propio Museo.*

La exposición temporal genera una importante labor científica de catalogación, ordenación e investigación, en y para el propio Museo. Esta labor no es exclusiva de las exposiciones temporales: el Museo también desarrolla programas de investigación que responden a líneas abiertas y expuestas en su colección permanente o programas de restauración de piezas o de recuperación, conservación y/o puesta en valor de yacimientos arqueológicos, entre otros ejemplos.

Sin embargo, la planificación de una exposición temporal requiere a veces varios años de investigación e intenso estudio: diseño de la línea expositiva, bibliografía de la investigación, últimas corrientes teóricas, localización de piezas, etc. Todo ello obliga al Museo a reflexionar y trabajar sobre sus propios fondos y su forma de exponerlos, a elaborar catálogos e inventarios y a iniciar programas de restauración.

Museo

La Arqueología viaja: la exposición temporal en los Museos arqueológicos

Pero todo este proceso de investigación interna se traduce en algo más concreto, como es la elaboración del catálogo de la exposición, concebida como una prolongación de la misma. Es la culminación de todo el proceso y proyecto de la exposición y, sin duda, un instrumento insustituible de investigación. Sin embargo, no se trata del simple inventario de las piezas expuestas, con sus fotografías y un pequeño comentario. Las piezas no son sino el pretexto para profundizar en el conocimiento del tema de la exposición, como es la historia de la investigación, los diferentes aspectos culturales, etc.

Así las fotografías de las piezas constituyen una ínfima parte del catálogo, lo que podríamos llamar propiamente el *catálogo de obras expuestas*. Cada pieza consta de su fotografía y su ficha identificativa, con los datos sobre su procedencia, cronología/fase cultural, proceso de fabricación o interpretación, entre otros. El resto es el desarrollo expositivo de las piezas, citándolas como referencia, pero acompañándolas de amplio material de apoyo. Esta parte de *documentación complementaria* puede contar con diversos glosarios, bibliografía básica del tema, apéndices con listas de los museos o yacimientos de los que proceden las piezas o de materiales arqueológicos relacionados con la exposición.

Estos catálogos, de alto contenido científico, están dirigidos a un público especializado o investigador de alto nivel cultural, por lo que resulta un recurso muy útil para la investigación externa al Museo. A pesar de ello, hemos preferido incluirlo en este apartado porque es elaborado por el propio Museo, y no resultado del trabajo del investigador, aunque se trate de un recur-

so puesto a disposición del investigador por aquél.

– *actualización científica*

Los Museos están llenos de piezas provenientes de excavaciones (que son la principal fuente de datos y material arqueológico), muchas veces sin catalogar e investigar convenientemente⁷. Algunas de ellas se exhiben, formando parte de la exposición permanente del Museo, mientras que otras permanecen olvidadas en los almacenes, donde languidecen a la espera de una oportunidad para transmitir todo de lo que son depositarias.

La falta presupuestaria y la ausencia de investigación de calidad, hacen que la exposición permanente se estanque y no se actualice de acuerdo con los nuevos descubrimientos o las nuevas teorías arqueológicas que se suceden. Debido a esto, en muchas ocasiones hay una considerable distancia científica entre la interpretación museística y la realidad arqueológica. La exposición temporal es una buena excusa para actualizar esos conocimientos y presentar de forma rigurosa las nuevas propuestas o diferentes puntos de vista.

En otras ocasiones, es el mismo Museo el que lleva a cabo las excavaciones arqueológicas como parte de su actividad propia. En este caso, el Museo no se dedica simplemente a «procesar» los materiales que recibe del exterior, sino que él mismo excava, recoge, investiga, conserva y exhibe lo hallado⁸. Es el caso de los Museos denominados monográficos o *in situ*, es decir, de aquellos creados al pie de un yacimiento para albergar y exponer lo hallado en él. De esta manera, las exposiciones arqueológicas se con-

vierten en el cauce adecuado para difundir rápidamente lo encontrado en las excavaciones. Por supuesto, tras un intenso estudio que relacione los hallazgos con las teorías de interpretación existentes.

– *la investigación externa*

Podemos definirla como la actividad llevada a cabo por personas ajenas a la institución, que acuden a ella en busca de documentación para la realización de trabajos personales⁹. Este tipo de investigación es también muy útil para el propio Museo, aunque muy desaprovechado por la falta de personal especializado y de un equipamiento adecuado. Y, sin embargo, como hemos visto, es una función básica del Museo estar al servicio de la investigación, facilitando al investigador la contemplación y el estudio de las colecciones.

Además de la inestimable ayuda del catálogo, de la que ya hemos hablado, la exposición temporal *per se* es un verdadero foro de preguntas. Aparte de explicar didácticamente al gran público el tema de la exposición, abre otros ámbitos de reflexión y estudio, y ofrece nuevas líneas de actuación a expertos, lo que puede convertirse en punto de partida para múltiples investigaciones posteriores.

Por otra parte, en lo que a los fondos se refiere, la exposición propicia la reunión, temporal y bajo un epígrafe unificador de piezas que, aun formando conjuntos arqueológicos plenos de significado, se encontraban dispersos por uno u otro motivo. Esto permite al investigador contar con piezas o grupos arqueológicos a los que por razones geográficas y/o económicas no tendría acceso. Al mismo tiempo, al reunir objetos que una vez estuvieron (y tuvieron significado) juntos,

se restaura su contexto original, con lo que el mensaje que queremos transmitir será mucho más comprensible.

MUSEOGRAFÍA DE LO ARQUEOLÓGICO

Son en los aspectos museográficos donde podemos apreciar mejor los cambios en la exposición arqueológica. El objetivo principal de la Arqueología es reconstruir el pasado a través de sus restos materiales, pero éstos forman parte de un conjunto integrado que no puede ser disuelto. Cuando excavamos un yacimiento, extraemos los restos y los arrancamos de su contexto, que es el que les dota de significado. Y para no perder ese marco de referencia es por lo que debemos reconstruir ese contexto en la exposición, una operación bastante más difícil que la de colocar el objeto en una vitrina con un pequeño cartel explicativo.

Debemos esforzarnos en mostrar las piezas *in situ*, es decir, como si estuvieran en su contexto primitivo, formando parte de reconstrucciones o escenografías donde se intenten recrear las condiciones originales. No exponemos objetos arqueológicos, sino contextos, entornos, grupos plenos de significado: hogares, tumbas, etc. La necesidad de contextualizar los restos tiene su máxima expresión en las nuevas fórmulas arqueológicas que se están desarrollando, como la musealización de yacimientos o la aparición de los Centros de interpretación.

Para reproducir ese contexto primitivo, podemos utilizar piezas originales, naturalmente, pero también podemos prescindir de ellas y/o

Museo

La Arqueología viaja: la exposición temporal en los Museos arqueológicos

reproducirlas de forma virtual gracias a las nuevas tecnologías¹⁰; podemos visualizar fondos que estén en otros Museos, y que tengan relación con nuestra exposición; reconstruir virtualmente contextos culturales, o antiguas técnicas (construcción, alfarería...) o monumentos en ruinas; o simular condiciones o paisajes originales, por ejemplo. Para ayudarnos a recrear esa atmósfera también contamos con otros medios más estéticos, como música acorde con el tema, la iluminación, creando ambientes a voluntad, el color de las paredes, etc.

Por supuesto, no debemos olvidar otros recursos como paneles, maquetas, gráficos, fotografías, etc., que se utilizan habitualmente y que son igualmente válidos. Como podemos ver, nuestros recursos son bastante más numerosos que el clásico vitrina + letrero.

Pero las nuevas técnicas expositivas también nos inducen a modificar nuestra relación con el público visitante: deja de ser simple espectador para convertirse en actor; participando activamente y marcando el ritmo de su propio aprendizaje. Para conseguir un mayor compromiso por su parte, podemos echar mano de diferentes actividades complementarias de participación, como talleres de arqueología experimental, espectáculos lúdicos o escenificaciones vivientes. Son recursos que inciden en el carácter didáctico de la muestra y favorecen el acercamiento del público.

A pesar de todo lo dicho, los objetos arqueológicos siguen siendo los protagonistas en la mayor parte de las exposiciones. La forma tradicional de mostrarlos al público es a través de la vitrina, sobre todo para los objetos de menor

tamaño y más valía. Las piezas se protegen, pero también se separan del público; además, se pueden crear falsos conjuntos arqueológicos, teniendo en cuenta sólo cuestiones de semejanza o función, y excluyendo otras interpretaciones¹¹. Las piezas más grandes, sobre todo lapidarias, se muestran directamente, con lo que el contacto con el público es mayor: puede dar vueltas alrededor de la pieza, incluso tocarla en ocasiones y hacerse una idea más completa de su significado.

Terminamos con unas breves indicaciones sobre los temas y la selección de piezas. En lo que al tema de la exposición se refiere debemos conjugar al menos tres factores: los fondos con los que contamos (tanto si son propios del Museo como si son prestados por otras Instituciones); los medios materiales, técnicos y humanos de los que disponemos, y el público al que va dirigido. Por encima de estos tres elementos, tenemos que tener en cuenta que una buena exposición arqueológica debe saber administrar a partes iguales los datos didácticos y los científicos, y a ese fin deberán supeditarse todos los materiales y recursos a nuestro alcance¹². Asimismo, exigirá una estrecha colaboración entre el conservador-científico, el que interpreta los datos, y el diseñador-museógrafo, el encargado de comunicarlos (lo que no es muy frecuente, pues debido a la falta de especialización casi siempre coinciden ambos profesionales en uno)¹³.

Los temas pueden ser muy variados, pero podemos hacer dos grandes grupos de exposiciones arqueológicas: las exposiciones temáticas y las espacio-temporales¹⁴. Las primeras son aquellas centradas en un tema peculiar (la reli-

gión, el trabajo en metal, etc.) que se rastrea a través de diferentes culturas, mientras que en las segundas se estudia una cultura concreta (o personaje) o período histórico. Sin embargo, en su estructura interna, sea cual sea el tipo de exposición, la disposición de las salas y del discurso siguen tradicionalmente la secuencia cronológica.

Una vez decidido nuestro tema, la selección de las piezas deberá hacerse según su valía y su significado, cuidando siempre de que sean las más características y que mejor ilustren el discurso expositivo que hemos elegido. De todas formas, no es conveniente que haya un gran número: vale más explicar bien pocas piezas, pero representativas, lo que impedirá también que el visitante se canse excesivamente.

NOTAS

1. Dep. Historia I-Universidade de Santiago de Compostela (USC)

2. F. Hernández Hernández (1998): *El Museo como espacio de comunicación*, Gijón: Trea, p. 109 y ss.

3. Para una introducción general a la exposición, ver M. Belcher (1994): *Organización y diseño de exposiciones: su relación con el Museo*, 1ª ed., Gijón: Trea, passim; F. Hernández Hernández (1994): *Manual de Museología*, Madrid: Síntesis, p. 201 y ss.; M. C. Valdés Sagués (1999): *La difusión cultural en el Museo: servicios destinados al gran público*, Gijón: Trea, p. 191 y ss.

4. E. Hooper-Greenhill (1998): *Los museos y sus visitantes*, Gijón: Trea, p. 155.

5. M. C. Valdés Sagués, op.cit., p. 193

6. E. Vozmediano (2002): *Museos en números rojos*, Descubrir el ARTE, año IV, núm. 43, p. 59

7. Art. 42.2 de la LPHE, que obliga a depositar los materiales encontrados en las excavaciones en el Museo correspondiente, según su región e importancia.

8. Para la diferencia entre Museos de excavación y de colección, ver P. Barciela Garrido (1994): *Investigación y Museos arqueológicos: los Museos gallegos*, en *IV Coloquio Galego de Museos: investigación y Museos* (Museo de Pontevedra, 14-16 decembro 1994), Galicia: Consello Galego de Museos, p. 77 y ss.

8. P. Barciela Garrido y E. Rey Seara (1998): *Museos y legislación: la investigación externa en los museos arqueológicos gallegos*, in *V Coloquio Galego de Museos: do marco normativo á organización* (Museo da Terra de Melide, 20-22 novembro 1998), Galicia: Consello Galego de Museos, p. 101.

9. Podemos llegar a prescindir totalmente de objetos físicos, centrándonos en exponer conceptos: A. García Blanco (1999): *La exposición, un medio de comunicación*, Madrid: Akal, p. 60 y ss.

10. L. Caballero Zoreda (1982): *Funciones, organización y servicios de un Museo: el Museo Arqueológico Nacional*, Madrid: ANABAD, p. 47.

11. Ver supra p. 3.

12. L. Caballero Zoreda, op. cit., p. 84

13. Cf. A. Sicart Giménez (1996): *Exposiciones permanentes e exposiciones temporais: concepto e contido* in *Presente e Futuro dos museos en Galicia*. Cursos Superiores de Outono en Galicia, José M. García Iglesias (ed.), Santiago de Compostela. Fundación Alfredo Brañas, p. 181.